CERTAMEN MARCANDO EL RUMBO

Tercera Edición – 2013

Por: Ángela Carlo Pujol

 “El mundo puede cambiar”. Una simple frase, que rondaba por la cabecita de una pequeña. Con tan solo 7 años de edad, ya esta niña, yo, había sido dominada por los temores y problemas de la sociedad en la que había sido criada. Las expresiones negativas acerca de las situaciones existentes en nuestro día a día, le hacían pensar que las generaciones siguientes no habrían de hacer ningún cambio positivo. A pesar de todo esto, la frase y su sentir continuaban siendo los mismos.

 Al acercarse su octavo cumpleaños, la niña se pudo dar cuenta de que era el momento para comenzar el cambio y demostrar que eso era más que un simple decir. Entonces vio un reportaje periodístico de una pareja que necesitaba ayuda económica para la operación de sus dos bebés siamesas. Esta humilde familia que provenía del pueblo de Caguas, tenía que viajar hasta Nueva York para poder someter a sus pequeños a una delicada cirugía. Los gastos que enfrentaban eran preocupantes ya que ambos estaban desempleados y pedían con urgencia el apoyo del pueblo.

 No había que pensar más. Una niña con ganas de ayudar y una familia que la necesitaba. Con ojos llenos de lágrimas, pero con una gran sonrisa, la pequeña miró a su madre que le leía el reportaje y no hubo que decir más. Buscaron ideas para ayudar. Ella pensó en cobrar la entrada a su fiesta de cumpleaños pero su madre no la dejó; quiso cobrar el plato de comida pero tampoco le fue permitido. La niña, ya algo frustrada, no dejaba de pensar en su propósito: ayudar a la comunidad. No había nada que la detuviera. Luego de casi hacer explotar su cabeza, decidió utilizar sus talentos y pedir a cambio una ofrenda.

 Llegó el día más esperado, su cumpleaños. Ella jugó y disfrutó con sus familiares y amigos. Pero la fiesta no podía terminar hasta que ella hiciera lo que tanto se había propuesto. Fue corriendo a su habitación, se cambió de ropa y sin ninguna vergüenza, salió. Su madre la presentó con mucho orgullo. La niña comenzó a cantar. Cantó, cantó y cantó. Al terminar, con una gran mirada, le contó a todo el mundo la gran historia. Con las mismas fuerzas, se quitó su boina y la pasó a todos los invitados de la fiesta. Luego, solo quedaron aplausos y lágrimas de alegría. La niña pudo lograr lo que tanto quería, no solo apoyar a esta familia, sino dejar saber a la sociedad que todo es posible.

 El mundo sí puede cambiar, y eso lo digo yo, que con solo ocho años les pude demostrar a los demás que no todo está perdido. Son estos detalles lo que dan a demostrar a la sociedad la verdad.